

ABECEDARIO DE PÓLVORA

YORDÁN RADÍCHKOV

TRADUCCIÓN DEL BÚLGARO Y NOTAS
DE VIKTORIA LEFTÉROVA
Y ENRIQUE GIL-DELGADO



LA CAPA

Todo el ganado que recorre nuestros montes es de raza pequeña: los animales grandes difícilmente subirían por los senderos de cabras. Las ovejas que tenemos no dan más que cuatro gotas de leche. Por la esquila, en primavera, también dan más o menos eso: cuatro puñados de lana. La hierba es tosca y rala. Los rebaños han de pasarse el día escarbando. Desde que soy persona y tengo memoria, así es nuestro ganado. Como dice el Dos cigüeñas: «Esto no es Alemania, donde crían ovejas como elefantes».

Sin embargo, hace algún tiempo que trajeron esa oveja de cara negra, la de Pleven¹. Tiene un morro alargado como de caballo y patas grandes, al igual que sus pezuñas. Nosotros creíamos que, al empezar las lluvias, sus pezuñas se pudrirían en el barro y que contraería la fiebre aftosa. Las lluvias llegaron, los caminos se cubrieron de barro, la oveja de cara negra de Pleven se hundía en el barro hasta las rodillas, si bien sus pezuñas resultaron ser más fuertes que la piedra; no le dio ninguna fiebre. Poco a poco la gente empezó a renovar los rebaños. Yo tenía algunas cabezas de las ovejas de antes, las vendí y compré de la raza de Pleven. La cara la tenían negra y las ubres también (aunque eran tan grandes como si fueran de cabra), pero su lana era blanca. Solo una de las ovejas era parda.

Al llegar la temporada de esquila, mi mujer me dijo: «Lázaro, ¿por qué no apartamos un vellón pardo y otro blanco para hacerte una capa? ¡Ya eres mayor, a tu edad no puedes ir

1 *Pleven* es una ciudad situada en la parte septentrional de Bulgaria.

sin capa!». Pues llevaba razón, de joven no parece adecuado llevar capa, pero a cierta edad uno no puede pasar sin ella. La verdad, yo ya tengo mis años: recuerdo dos terremotos y un eclipse solar.

De modo que apartamos el vellón de la oveja parda junto con otro más. La parienta hiló la lana, montó el telar y tejió un paño grueso a franjas: un palmo blanco, un palmo pardo, luego otro palmo blanco... alternando así, hasta tejer lo que hacía falta para la capa. Llevé el paño al batán.

Davidko, el dueño, como es amigo mío (hicimos juntos la mili en los cuarteles de Sevlievo²), enseguida puso el paño en la cuba. «¿Es para una capa?», me preguntó. «Sí, para una capa —le dije—, ya tengo edad, ¿no puedo seguir sin una!». «Que sepas —me contestó Davidko—, que esta lana es perfecta para hacer capas. La oveja de antes no servía: ya podía yo batanarla como fuera, que no conseguía compactarla. En cambio, esta de la cara negra, con meterla un poquito en la cuba enseguida se apelmaza. ¡Incluso se podría llevar agua en el paño abatanado desde aquí hasta el monte sin que se escapara ni una gota! Además, por lo que veo, tu moza lo ha tejido bien tupido». «¿Moza? —le solté a Davidko—, ¡qué moza ni qué diablos! ¡Está más reseca que una teja y tú la llamas moza! Aunque para el telar... aún vale». «Bah —discrepó Davidko—, no te creas, la mía es gorda y no es gran cosa. Demasiado gorda tampoco es bueno». «Llevas razón —le dije—, no conviene que sea demasiado gruesa, aunque siempre es mejor que sea algo gordita. Ya ves: hasta una capa, que es la cosa más simple, procuras hacerla más gordita». «Así es —asintió Davidko—, lo de la capa es cierto».

Listo el paño, me marché al pueblo vecino para localizar a un sastre, porque en el nuestro no tenemos ninguno; allí, en cambio, tienen hasta dos. Uno de ellos hace prendas más

2 *Sevlievo* es una ciudad de Bulgaria, situada en la parte central de la vertiente norte de los montes Balcanes.

finas, más modernas, les pone solapas y todo tipo de mone-rías, mientras que el otro es un poco a la antigua usanza. Me fui a este último. El hombre me felicitó por el paño, cosió la capa y al ir a recogerla, me soltó: «¡Menudo paño, Lázaro, se me quebraron todas las agujas! ¡Es que ni se dejaba clavar la aguja, ni se dejaba planchar!». «¡Ajá! Porque es de la oveja de cara negra, la de Pleven, y además Davidko es amigo mío; lo trabajó en el batán con esmero. Davidko y yo hicimos juntos la mili: compartimos por tres veces el calabozo, e incluso estuvimos bajo custodia». «Pues la verdad —dijo el sastre—, te lo ha hecho siguiendo el reglamento; yo también lo he cosido de primera, así que... quedarás contento».

Me cubrí con la capa... ¡vaya, me cayó como un guante! Una franja blanca, otra parda, una blanca... y todo ello montado como está mandado, incluso la capucha casaba bien.

Qué puedo deciros: al ponerse la capa, uno se siente más importante, hasta los andares se vuelven más graves. De vuelta al pueblo, durante todo el camino, noté que pisaba más lento y más firme; al pasar junto al batán saludé: «¡Hola, Davidko!», pero no me detuve a charlar, pues no es apropiado llevar una capa y charlar. Cuando te cubres con la capa se ha de andar despacio y hablar menos. Si te encuentras con alguien que te salude con un: «¡Buen día!», tú contéstale solo: «¡Que Dios te bendiga!». No le digas nada más, solo mira al frente. Entonces aquel pensará: «Este de la capa debe de ser un viajero, ¡a saber adónde irá y qué asuntos atenderá! No se detiene para hablar, ni se desvía del camino, sino que va hacia delante como una locomotora».

En realidad, no me dirijo a ninguna parte en concreto sino que estoy volviendo al pueblo, pero la capa me hace sentir mucho más importante... Así fue como adquirí mi capa. ¡Tanta oveja que crie y tuvo que llegar la de cara negra de Pleven para que, por fin, pudiera confeccionarme la prenda que correspondía a mi edad!

En otoño todo el pueblo suele acudir al mercado de la ciudad. Durante años me arropé con un chaquetón ajado porque el tiempo solía ser húmedo y frío, mientras que ahora camino cubierto con mi capa y me importan tres cominos el frío y la humedad. Ha nevado y la gente avanza por el camino en la nieve, llevando al mercado el ganado o bien algunos pimientos. Yo, embozado en mi capa, también atravieso la nieve con una ristra de pimientos, aunque no siento ni pizca de frío. El Dos cigüeñas marcha a mi vera, malhumorado, a pesar de vestir un impermeable: es porque lleva a vender una puerca. (En realidad su nombre no es Dos cigüeñas: antes se llamaba Tseko, pero estuvo un año en Alemania trabajando en no sé qué carreteras y se trajo de allí ese impermeable y unas herramientas de la marca *Dos Cigüeñas*³. Siempre habla de esas dos cigüeñas, de ahí le viene el mote). El Dos cigüeñas da empujones a su puerca, resoplando por la nariz y arropándose con ese impermeable que, por muy alemán que sea, se ha congelado a causa del frío y parece de hojalata, mientras que mi capa sigue como si nada: le resbalan tanto la lluvia, como el frío. «¿Sabes qué? —dice el Dos cigüeñas—. Venderé la maldita puerca y compraré también una oveja de cara negra; la criaré y me haré una capa igual que tú. ¡Con este impermeable me cala el frío hasta en los huesos!». «Pues es buen ganado —le contesto—: da lana, leche, y además no le afecta el mal de ojo. Si supieras el mal de ojo que tenía el ganado de antes... en cambio este ya puede pastar en los prados de *samodivas*⁴, que no le pasa nada». «Pues la criaré —jura el Dos cigüeñas y sigue resoplando—, ¡en cuanto me deshaga de esta cerda apestosa!».

3 Se refiere al logotipo de *Robert Klaas - Ohligs bei Solingen*, la fábrica de cuchillería fina más antigua de la ciudad alemana de Solingen. Fue muy popular en Bulgaria en la primera mitad del siglo XX. El logotipo representa dos cigüeñas (en alemán *Störche*) mirando una hacia otra y es marca registrada desde 1893.

4 Las *samodivas* son brujas o hadas del bosque, propias de la mitología eslava meridional. Tienen principalmente poderes negativos.

Lo que pasa es que nadie quiere comprarle la puerca al Dos cigüeñas. Según la ven, le preguntan: «Oye, amigo: y ese galgo... ¿no se comerá las gallinas? ¡Mira qué colmillos tiene!». El Dos cigüeñas empieza a sacar pecho... «¡Qué va a comerse las gallinas! Come bledos, armuelles, remolachas, en fin, todo lo que sea comida de cerdos, pero gallinas... ¡no! ¡Ni que fuera un vampiro! ¡Qué me dices!». «Pues sí que se las comerá —prosigue el hombre que se ha interesado—, con esa pinta de galgo de seguro se come las gallinas».

Luego se da la vuelta y se aleja, sin más.

Lo cierto es que sí come gallinas: les tiene tirria como si fuera un perro. Le aconsejo al Dos cigüeñas: «Mejor máatala y véndela como carne. Tal y como está no te la comprará nadie». «Es que tampoco tiene carne —se lamenta él—. Nada más le engordan los huesos».

A perro flaco, todo son pulgas.

El Dos cigüeñas se trae de vuelta la puerca; yo me traigo los pimientos, pero, al menos, no paso frío ni me encojo aterido, sino que piso la senda tan fuerte que la nieve cruje bajo mis pies.

Así pasé el invierno con mi capa. El que haya llevado capa, sabe lo que es; el que no la haya vestido, quiera Dios que consiga una y que compruebe por sí mismo lo que significa. ¿Que quieres buscar leña en el bosque, o bien ir al molino?... , da igual: con la capa podrías ir, si fuese menester, al mismísimo fin del mundo y ni te enterarías. ¡Con menudas borrascas me he topado yo! Pero me cubría con la capucha y me importaba un bledo. Todos en mi pueblo conocen la capa, en los pueblos vecinos también la han visto; me la he puesto para ir al herrador, para varias bodas e incluso una vez para ir a la parroquia. De modo que todo el mundo sabe de mi capa y encima la he prestado en varias ocasiones. Viene alguien, por ejemplo, y me dice: «Lázaro, mira, préstame la capa que vamos a llevar

semillas a la almazara...». Tal vez no me haya venido del todo bien, pero siempre la he prestado.

Un día, temprano por la mañana, antes de amanecer, salí a segar el maizal. La parienta dijo: «Llévate la capa en el carro, hay niebla y puede volverse llovizna». La metí en el carro y para cuando llegué al campo, apenas empezaba a clarear. El maizal se debe segar pronto para hacer las gavillas mientras aún está con el rocío, porque luego, al salir el sol, las hojas se queman y se rompen. De modo que solté los búfalos junto al bosque (mi terreno linda con el bosque de Kerkez) y de pronto oí toses en el sembrado vecino. El Dos cigüeñas había venido a lo mismo y se me había adelantado. Su hoz crujía en el maizal: ¡ras!, ¡ras! «¡Caramba, vecino! —le dije—, ¿no habrás dormido en el campo?». «Vaya, ¡si eres tú! —me contestó—. Pues yo también acabo de soltar el carro. Con la niebla que ha caído esta mañana, ¡ni me he enterado de cuándo ha salido el sol!».

Y volvió a darle con la hoz: ¡rap!, ¡rap!

Colgué mi capa en el carro, me arremangué y me hundí en el rocío a segar el maizal. La niebla se deslizaba por el suelo, apenas sí distinguía los lomos de los búfalos y el gorro del Dos cigüeñas que, de tanto en tanto, asomaba en el terreno vecino. Por momentos la niebla se elevaba un poco, cubría el gorro y no se veía ni torta, ni siquiera el maíz, hasta que de pronto una franja se despejaba y permitía vislumbrar el bosque. Transcurrido un tiempo escuché en medio de la niebla que el Dos cigüeñas chasqueaba algo: «chas, chas...». Estuvo así un rato hasta que exclamó: «¡Vaya por Dios!».

Se acercó y me preguntó: «Lázaro, ¿no tendrás fuego? La maldita yesca se ha mojado con el rocío». Yo tenía yesca; el Dos cigüeñas prendió su cigarro, fumó un rato y volvió a segar. Pasamos así bastante tiempo: dale que dale con las hoces; ora yo comentando algo, ora él contando otra cosa; luego le pregunté si íbamos a desayunar y él me respondió que ya ve-

nía desayunado de casa. A mí me entró hambre y me senté en la viga del carro a tomar algo. No disponía de gran cosa, un trozo de pan y algo más; pero comí y justo cuando agarré la jarra para beber agua, de entre la niebla apareció un hombre.

Dejé el agua sin haberla probado.

El hombre tenía el dedo sobre los labios —o sea, que me callase—, portaba una carabina y una granada en el cinturón. Iba en mangas de camisa, con un chaleco todo agujereado. Al aproximarse, vi que era jovencísimo, casi un chaval, con las patillas largas, los ojos febriles, la boca toda cuarteada. Caí en la cuenta de que era uno de esos que merodeaban por el bosque. «No grite, buen hombre» —dijo el chico.

Luego me pidió pan y agua y me preguntó si podía prestarle algo de ropa. El pobre, tiritaba por la fiebre; también yo empecé a tiritar y a persignarme en mi interior. A la que me persignaba, le di todo el pan, el queso... los huevos cocidos que llevaba, también se los ofrecí; solo me faltaba la sal: la parienta se había olvidado de ponerla. «No importa —dijo el chico—, ¡me las apañaré sin sal!». «Oye, Lázaro —me llamó el Dos cigüeñas—, ¡hace tiempo que no dices nada!». «Calla —le dije—, que me he cortado con la hoz...». «Vaya, ¿dónde?» —me preguntó aquel y enseguida le respondí que en la pierna. «Uno se puede lastimar hasta el punto de cortarse algún tendón» —escuché la voz del Dos cigüeñas. Luego empezó a chasquear otra vez el pedernal: ¡chas!, ¡chas! ¿Y si se le ha vuelto a mojar la yesca?... «¿Tienes tabaco? —pregunté al Dos cigüeñas—. El mío se ha acabado, ¿me invitas a un cigarro?». Me respondió que sí tenía y me levanté del carro para acercarme a su maizal, pues temía que llegara por aquí: ¡no diría nada, no diría nada!

No sentía los tallos azotando mi cara, tampoco era capaz de saborear el tabaco. El Dos cigüeñas me contaba algo, pero yo tenía los ojos vueltos hacia mi terreno y solo rezaba para que no se levantase la niebla y el Dos cigüeñas no viese nada.

La niebla fluía, blanca y espesa como la leche; por mucho que escudriñaba no veía ni el carro, ni los búfalos, ni al muchacho. Después volví a ciegas, creyendo que iba por la misma hilera de maíz, pero se conoce que me había equivocado porque aparecí en la parte de atrás del carro.

El chico se ocultaba tras el lateral, envuelto en la capa para calentarse, si bien seguía tiritando por la fiebre. El fusil apuntaba hacia abajo. Al verlo con la capa, me asusté por partida doble. Darle la capa: no convenía; pedírsela de vuelta: tampoco. El Dos cigüeñas tosía entre la niebla y me parecía tenerlo a dos pasos: la niebla se levantaría en cualquier momento y el chaval y yo quedaríamos expuestos y a la vista. «¡Corre, hijo —le dije bajito—, corre hacia allí, hacia el bosque de Kerkez!».

El chaval se fue andando de lado, haciéndome no sé qué señales con las manos, yo también le hacía señas, pero ni él ni yo nos enterábamos de qué querían decir. Por mi parte, hacía señas sin sentido, me santiguaba mentalmente rogándole a Dios que, por favor, no se levantara la niebla y quedásemos expuestos a la vista del Dos cigüeñas.

El chico se disolvió en la bruma, mi capa también. El chico, la capa, la jarra y la comida: todo ello desapareció en el invisible bosque de Kerkez.

Entonces me santigué de verdad (no para mis adentros), creo que hasta dos veces, agarré la hoz y empecé a segar el maíz: por un lado segaba y por el otro estaba atento al bosque de Kerkez. Todo el tiempo me parecía oír una voz susurrando entre la niebla: «¡Oiga, oiga!».

Dejaba la siega, afinaba el oído... no me llamaba nadie, solo se oía al Dos cigüeñas en el maizal vecino.

Volví a segar. «¡Lázaro, oye, Lázaro!» —me habló alguien. Al volverme vi al Dos cigüeñas a mis espaldas, sumergido hasta la cintura en la niebla. «¿Qué pasa?» —le pregunté. «Oye, Lázaro, ¿y si nos acercamos al bosque de Kerkez antes de que

se haya levantado la niebla y cortamos algunas ramas? Las meteremos al fondo de los carros, echaremos encima los tallos de maíz y nadie se dará cuenta». «Ya, —le contesté al Dos cigüeñas— si cortas leña en la niebla, se enterarán en cinco kilómetros a la redonda. Cuando hay niebla se oye mucho, no sé por qué, pero se oye». «Se oye —insistió el Dos cigüeñas—, pero no se ve. Es mejor si no se ve. Yo iré a cortar algunas ramas».

Al poco llegó la voz de su hacha desde el bosque de Kerkez. Ojalá, pensaba, no se topase con el chico, y agucé las orejas por si oía disparos o los gritos del Dos cigüeñas... Nada, solo el hacha retumbaba con fuerza; chillaban también las ramas derribadas, pero ¿acaso vendría a socorrerlas alguien en medio de esa niebla? De pronto, entre todos aquellos chillidos confusos, mis oídos también rompieron a pitar, como si una voz interna de golpe me gritara: «¡Lázaro, la que has liado con la capa! Que todo el mundo la conoce, ¡Lázaro! ¡Vete tú a explicar ahora dónde ha ido a parar la capa!». El sudor me empapó y la boca se me reseco, no podía ni mover la lengua. ¡Vete tú a explicar ahora dónde está la capa!... El Dos cigüeñas volvió con sus ramas musitando algo: «Ejem, ejem...», mirándome de reojo como queriendo adivinar u ocultar algo. «¿Vaya, ya has cortado las ramas?», le pregunté y me respondió: «¡Ejem! ¡Ejem! ¡Corté unas cuantas!», todavía mirándome de reojo. «¡Pues qué rápido!», dije. «¡Pues claro! ¡Tú también cortarías rápido... ejem! ¡Ejem!».

El hombre se llevó la leña en la niebla y yo no dejaba de pensar en que se había encontrado al chico y había reconocido mi capa. No había manera de preguntarle y él, por su parte, nada decía. Me quedé escuchando en la niebla; la hoz del Dos cigüeñas hacía: ¡rap!, ¡rap!, pero no tan veloz como antes. Se conocía que, igual que yo, segaba poniendo a la vez la oreja. Pasamos así un rato largo, cada uno segando su maíz y aguzando los oídos.

Me puse a cargar los tallos de maíz y el Dos cigüeñas preguntó: «Lázaro, ¿estás cargando?». «Sí, estoy cargando», contesté. «¿Por qué no avisas? Podemos ir juntos». Entonces empezó a cargar deprisa, al parecer tenía miedo de quedarse solo en el maizal. Por lo que veía, ambos llevábamos los carros llenos solo hasta la mitad. Partimos en la niebla. El Dos cigüeñas echaba de vez en cuando la vista hacia atrás, yo me hacía el distraído, ya completamente convencido de que él había visto al chico en el bosque. ¡Ojalá no haya reconocido la capa! —me santiguaba otra vez para mis adentros.

Nada más descargar el maíz, la parienta empezó: «¿Y dónde están la capa y la jarra?». «Diantres, ¡parece que me las he dejado en el maizal! ¡Vaya por Dios!». «¡Así te hubieras dejado la cabeza!», se puso a maldecir ella. «Déjalo ya —le dije—, si está aquí al lado, ¡ahora vuelvo y las busco!». Regresé a la niebla, pero ¿a qué volver si lo sabía todo? Tras caminar un rato me senté en el campo junto a un montón de heno, masticando una pajita y dándole vueltas a la cabeza: «Ese chico anda vagando por los bosques, se topará con los gendarmes, lo pillarán y lo llevarán al pueblo con capa y todo. El pueblo entero verá que es mi capa. Si se lo llevan al pueblo vecino, allí también la reconocerán; el sastre el primero, que sabrá a quién pertenece la capa viendo cómo está cosida. ¿Y qué voy a hacer si me preguntan por qué el chico lleva mi capa? Si digo que la he perdido y que el chico la ha encontrado, nadie se lo creerá. Los gendarmes te muelen a palos y no te creen, digas lo que digas. Si aduzco que el chico la ha cogido a la fuerza, me preguntarán: “En tal caso ¿por qué no viniste enseguida a avisar? ¿A que lo estás encubriendo?...”. ¡Y otra vez paliza!».

Estuve apoyado en el almiar un rato y me fui. A la parienta le conté que había perdido la capa y la jarra por el camino y que alguien que hubiese pasado después las habría recogido. «¡Así hubieras perdido la cabeza! —bufó ella—. ¡Dos vellones

de lana que he hilado para esa capa!». Si se hubiera atrevido a decirme algo así en otro momento, reseca como está, la hubiera lanzado hasta el tejado; pero sabiéndome culpable, me limité a resoplar y callé. Me pasé la tarde resoplando, después toda la noche suspirando y ya por la mañana le confesé la que había liado. «¡Ay, madre mía! —prorrumpió la mujer—. ¡Ahora sí que estamos apañados!». Seguidamente también empezó a suspirar.

Así fue la cosa.

Unos días después el Dos cigüeñas me preguntó: «¿Te has enterado?». «¿Enterarme de qué?». «Pues de la historia de Bélímel⁵». No me había enterado de nada y el Dos cigüeñas me contó que a Bélímel habían llegado unos gendarmes y que el teniente se había acercado a una casa para unirse a una fiesta. Según entró en la casa, observó que bajo la cama asomaba una bota de manera poco natural. «¿Por qué poco natural?», pregunté al Dos cigüeñas. «Porque descansaba sobre la caña, con la punta hacia arriba. Si descansaba sobre la caña, significaba que la bota estaba puesta y que bajo la cama se escondía alguien —me explicó el Dos cigüeñas—. Entonces el teniente agarró la metralleta y ¡ratatatata!, le dio a la bota, la bota bajo la cama aquella pegó un salto y el que se escondía: ¡pum!, ¡pum!, disparó al teniente esfumándose por la puerta; el otro salió por la ventana y empezó un tiroteo, pero en la oscuridad no se veía nada. Los gendarmes persiguieron al hombre que corría por la calle, luego por el campo, se metió en un matorral y de pronto se enganchó en un arbusto. Sus perseguidores dispararon unas cuantas veces más, el hombre se quedó colgando del arbusto y ya ni se movía. Pero, al acercarse al lugar, no encontraron a nadie, solamente una capa (al escuchar “capa” se me encogió el estómago) colgada del arbusto, toda acribillada como un colador. El hombre, en su

5 *Bélímel* es un pueblo situado en el noroeste de Bulgaria, cerca de la frontera con Serbia, en la provincia de Montana.

huida, había tirado la capa sobre el arbusto, burlando así a los gendarmes. El teniente montó en cólera, regresó con todos los gendarmes a la casa, detuvo al dueño y aquella misma noche lo enterraron vivo, mientras que rociaban la casa de gasolina y le pegaban fuego, porque resulta que el dueño era *yatak*⁶. «¿Y cómo sabes tú esas cosas?», pregunté al Dos cigüeñas. «Me las contó mi yerno —respondió—, anoche vino y me contó toda la historia. Aquel hombre enterrado dicen que aún está vivo y se le oye gemir bajo la tierra».

El yerno del Dos cigüeñas tiene un alambique ambulante de orujo y recorre con él los pueblos, de modo que al pasar por Bélímel se había enterado de todo. No me atrevía a preguntarle al yerno del Dos cigüeñas cómo era la capa, pues podría sospechar de mi curiosidad. Intentaba recordar si el chico llevaba botas o no, ¡pero no me acordaba de nada! Por más que lo intentaba, solo conseguía verlo hasta la cintura, sumido en la niebla, con la granada colgando del cinturón. De ahí para abajo no recordaba cómo era. Luego lo visualizaba de espaldas, alejándose hacia el bosque, aunque de espaldas tampoco veía si llevaba botas o no, porque ante mis ojos bailoteaban nada más las franjas blancas y pardas de la capa. La niebla absorbió primero las franjas blancas, luego las pardas.

De acuerdo: si había sido el mismo chico y si en el arbusto de Bélímel estaba colgada mi capa, ya habría allí quien hubiese reconocido la prenda. Entonces los gendarmes me llamarían y luego... Algo empezó a quemarme por dentro, la cabeza me iba a estallar, no podía permanecer quieto. Iría yo mismo a ver cómo era esa capa de Bélímel y para que nadie se enterase de que iba por lo de la capa, metí dos arrobas de maíz en un costal, enyugué los búfalos y me dirigí hacia el mo-

6 *Yatak* (del turco: *yatak* - cama, refugio, asilo) es el ayudante, proveedor o encubridor de los *partisanos* en Bulgaria (estos participaron en la resistencia armada contra las fuerzas de la Wehrmacht en Bulgaria y contra las autoridades del entonces Reino de Bulgaria durante la Segunda Guerra Mundial).

lino de Bélimel a través del bosque de Kerkez. Por el camino me crucé con dos gendarmes a caballo. «¡Alto! —dijo uno—. ¿Adónde vas con ese saco?». «Al molino», contesté. «¿Acaso es ahora tiempo de molinos? —me regañaron los gendarmes—, ¿no ves que no está el horno para bollos?». «Puede que no lo esté —dije yo—, pero los que tenemos ganado, precisamos forraje molido y no podemos pasar sin ir al molino». Los gendarmes continuaron su camino, yo volví a dirigir a los búfalos pensando en aquella bota rara y preguntándome cómo pudo percatarse el teniente de que la bota estaba tumbada de una manera poco natural bajo la cama. Si yo viese una bota tendida con la punta hacia arriba, nunca pensaría que está de manera poco natural, mientras que el teniente al instante se percató y: ¡rátatata!, le soltó una ráfaga con la metralleta. La bota tampoco se quedó a la zaga, enseguida saltó y empezó a disparar al teniente. Tanto tiroteo y tanta cosa para nada, no hubo víctimas, tan solo una capa acribillada.

Cuanto más me acercaba a Bélimel, tanto más me affigía y no dejaba de imaginar esa bota rara apuntando hacia arriba. En el molino no había ni un solo molendero y el molinero se dedicaba a picar una de las piedras. El agua rugía en mis oídos y, sin embargo, no oía el triqui-traque⁷ del molino. «¿No hay molienda?», pregunté al molinero. «¡Qué molienda ni qué molienda! —contestó—. La gente está atontada, el molino ya tiene telarañas. Nadie trae molienda».

Eché el maíz en la tolva, levantó la compuerta, el triqui-traque comenzó a sonar y yo no dejaba de mirar hacia Bélimel (el pueblecito está justo pasado el molino). Desde allí llegaba el olor a chamuscado y pregunté al molinero por aquel asunto. La historia que me contó resultaba igualita que la del Dos

7 El *triqui-traque* o *carraca* es un sistema de dosificación para regular la cantidad de grano que entra desde la tolva al orificio de la muela volandera (piedra móvil) de un molino de agua. Sube o baja mediante una rueda dentada dispuesta en el propio eje de la muela, produciendo un característico ruido que es la causa de su onomatopéyico nombre.

cigüeñas. Aquel olor de chamusquina provenía de la casa del *yatak*. Según el molinero, el hombre aún seguía con vida y se le podía oír gimiendo bajo la tierra, pero para ello debías acercarte y tener estómago, si no te puede dar algo. En el lugar había guardia y la gente prefería evitarlo. Intenté sonsacarle algo sobre la capa y me enteré de que la capa se hallaba detrás de la parroquia. De bajar al pueblo, la vería. «Pues pensaba bajar a por tabaco», le dije al molinero, quien me advirtió de no liar cigarros con papel de periódico porque el pueblo estaba plagado de recaudadores de impuestos que, como te vieran liar un cigarro con papel de periódico, te sancionaban al instante. Solo se permitía fumar el tabaco que llevaba el precinto del Estado, si no, te caía una multa de aquí te espero.

Es lo que hice: compré cigarrillos precintados en el pueblo y me dirigí a la parroquia con el corazón en un puño. Intenté arrimarme con disimulo a la muchedumbre que se reunía allí, pero apenas pude mover los pies: se me pegaban al suelo y me pesaban como dos piedras de molino. De repente me empezaron a pitar los oídos y pensé que todo saldría mal. Si la capa resultaba ser la mía, no sabía si sería capaz de aguantar o si me derrumbaría allí mismo entre el gentío. Por otro lado, una vez en el camino ya no había marcha atrás, solo podía avanzar, e intentaba insuflarme ánimos para que nadie sospechase. Me acerqué al gentío pero ni me fijé en ellos porque mis ojos buscaban detrás de la parroquia. Estando en esas, de golpe, divisé la capa sobre el arbusto.

Era parda, deslucida, con un faldón roto. Sentí las piedras de molino desprenderse de mis pies; a mi lado había un hombre fumando, le pedí fuego y él me dijo: «¡Pero si tienes el cigarro encendido, hombre!». Me fijé y era verdad, tenía el cigarro prendido y humeando. ¡Estaba tan aturdido que ni me había dado cuenta!

Por esta vez he salvado el pellejo, pensé, y poco a poco empecé a relajarme. Más allá de la parroquia vi al gendarme

que guardaba el lugar donde estaba el enterrado vivo, pero no tenía estómago para acercarme a oír sus gemidos desde la tierra. Volví al molino; la molienda ya había terminado de salir de la tolva. Levanté el costal como si fuera una pluma, lo cargué en el carro, enyugué los búfalos y hasta me puse a silbar un poquito.

El molinero me miraba un poco asustado, pero yo, ni caso. El molino, el olor a chamusquina, el gendarme: lo dejé todo atrás.

Delante tenía solo la capa, pero no la mía, sino la del arbusto, aquella parda y desgastada, con el faldón roto. Luego apareció también la mía, nuevecita, a franjas blancas y pardas. Las dos capas se pusieron a andar juntas por el camino. Así íbamos: por delante las dos capas, luego los búfalos, después yo. No nos cruzamos con alma viviente alguna. Las dos capas caminaron juntas hasta el bosque de Kerkez. La mía desapareció entre los árboles, mientras que la parda se enganchó en un arbusto y allí se quedó, colgando. Azucé a los búfalos: «¡Arre, vamos arre!», y así bajamos a nuestro pueblecito.

Desde aquel día comencé a recorrer los pueblos de la comarca de Berkovitsa⁸. Buscaba cualquier excusa para marcharme y siempre indagaba si habían detenido a alguien en el bosque o fusilado a otro en alguna parte. Una vez llevaron a un pueblo a tres muertos y yo enseguida busqué algo que hacer allí; fui a un barrilero a encargarle un barril y así vi a los tres. Estaban todos en mangas de camisa. Luego me enteré de que a otro pueblo habían llevado a un chico joven, así que fui a verlo también, pero resultó ser un estudiante con un capote viejo y en calcetines. Los gendarmes, cuando mataban a alguien lo llevaban a la plaza y obligaban a la gente a pasar para verlo y reconocerlo. La gente pasaba en silencio, lo miraba, pero no lo reconocía. Yo también pasaba con los demás

⁸ *Berkovitsa* es una ciudad en el noroeste de Bulgaria, en la provincia de Montana. Está situada en las faldas de los montes Balcanes, cerca de la frontera con Serbia.

mirando, pero no para reconocer al muerto, sino mi capa. Me acercaba con el corazón en un puño y si no veía la capa, enseguida me aliviaba. ¡Aquello empezaba a ser una pesadilla!

Para no levantar sospechas por recorrer tantos pueblos, decidí iniciar la compraventa de cabras. El Dos cigüeñas, al enterarse, se apuntó también. Salíamos juntos a comprar cabras por los pueblos: yo compraba una cabra por doscientos, la llevaba a la ciudad y la vendía por doscientos. El Dos cigüeñas me acompañó unas veces haciendo lo mismo: compraba una cabra por doscientos y la vendía en la ciudad por doscientos. Un día dijo: «Lázaro, ¡ya no compro más! ¿Dónde está el negocio en comprar por doscientos y vender por doscientos? ¡No hay negocio en eso!». «Pues así es —le respondí—, ¡en los negocios nunca sabes cuándo habrá suerte!».

El Dos cigüeñas lo dejó y yo seguí solo con el comercio de cabras.

Según me enteraba de que habían matado a alguien, iba de inmediato a comprar una cabra y con ella pasaba a verlo. Si iba con la cabra, nadie sospecharía nada. Así que llevaba la cabra, echaba una mirada y, si no veía la capa, me largaba tan deprisa que el animal tenía que corretear tras de mí. Cierto es que gasté un montón de zapatos, pero cuando se trata de salvar el pellejo, ¿qué importa el calzado?

Un día el corazón estuvo a punto de estallarme. Estaba yo cavando el huerto, cuando desde el pueblo me llegaron los sonidos de un tambor y las voces del pregonero, pero no le entendía nada. Al rato vi que, desde el pueblo, se acercaba el guarda de campo recogiendo a la gente, uno a uno. Luego se dirigió también hacia mí, con escopeta y todo. «Mira, Lázaro —dijo el guarda—, han traído a una persona a la plaza. Todo el mundo debe pasar por allí para ver si alguien la reconoce. ¡Deja el huerto y vente conmigo!». La garganta se me secó; me limpié las manos en los pantalones y marché con el guardia.

Como él caminaba unos pasos por detrás y llevaba la escopeta, me daba la impresión de ir detenido. No había manera

de huir corriendo: el muy canalla enseguida me dispararía en este campo liso y desierto. Por otro lado, no podía seguir adelante, porque si mi capa estaba allí, la gente enseguida diría: «¡Esa es la capa de Lázaro!», puesto que todo el pueblo la conocía. Así que caminaba delante del guarda y me encogía, volviéndome diminuto como una hormiga; para cuando entramos en el pueblo, noté que mi corazón ya no latía. Los gendarmes pululaban entre la gente agolpada, el guarda y yo nos dirigimos derechos hacia la plaza y mi corazón no quería volver a latir. Caminaba sin aliento, la gente se movió y, a través de un resquicio, vi que en la plaza yacía tendida una mujer. Mi corazón volvió a latir tan fuerte que lo sentí hasta en la garganta.

En otra ocasión llevaba una de esas cabras del negocio. Era un animal tozudo, que berreaba durante todo el viaje, se paraba y no quería andar. Yo tiraba de la cuerda, la cabra berreaba, pero mal que bien avanzábamos. En cierto lugar la cabra se detuvo, me di la vuelta para darle con la cuerda en los morros y de pronto vi al fondo del camino mi capa, a franjas blancas y pardas. Bajo la capa había un hombre con polainas y un gorro cubriéndole los ojos. Tiré tan fuerte de la cabra que ésta cayó de rodillas. La empecé a arrastrar, mientras el animal chillaba con todas sus fuerzas; aunque yo también tiraba con toda mi alma y ya ni miraba hacia atrás porque, de haberlo hecho, seguro que hubiese vuelto a ver al hombre y la capa. La cabra berreó un rato más, luego se calló y empezó a corretear. Yo apreté la marcha sin mirar hacia atrás, aunque intentaba oír si aquel otro me seguía.

Pues sí que me seguía. Sus pisadas eran graves. En un momento hasta carraspeó y yo, al escucharlo, aceleré aún más el paso. Pero se conoce que el otro también aceleró, porque lo seguía oyendo. El camino se adentraba en el bosque y era lo que más miedo me daba; no solo eso, sino que la senda hacía un giro grande. En aquel giro había un atajo, el otro podía pasar por allí y cortarme el paso. «¡Echaré a correr!», se me

ocurrió, y nada más entrar en la curva, me lancé como una flecha. Sin embargo, noté que el otro también corría detrás de mí: tap, tap, y de pronto me llamó: «¡Oye, espérame, hombre, oye...!».

No lo esperé, tan solo eché un vistazo atrás. Él corría con la capa ondeando. «¡Espérame, vayamos juntos —gritaba el hombre—, que me da miedo cruzar este bosque solo!».

Resultó que no era de nuestro pueblo. «¡Vaya prisas que tienes!», me soltó el forastero. «Voy corriendo para volver antes de que caiga la noche», le contesté. «¡Anda, y yo a mi vez corriendo por alcanzarte!...». Aquel incidente me asustó de verdad: su capa era a franjas como la mía, aunque las suyas estaban cosidas sin arreglo y no casaban como era debido.

Así, día tras día, hermanos míos, mi vida se tornó un infierno por culpa de la dichosa capa. ¡Ojalá se hubiese tragado la tierra a la maldita oveja de cara negra que criaron en Pleven! De haber mantenido el ganado de antes que no daba más que un puñado de lana, ¡no me hubiese hecho ni capa, ni nada! Seguí en ese sinvivir hasta que llegó el Nueve de Septiembre⁹.

El Nueve de Septiembre se montó un gran jolgorio, se reunió mucha gente, empezaron a tronar las escopetas; un servidor también se apuntó a la fiesta y, según salí, vi en la plaza a unos desconocidos con carabinas. Entre ellos, de pronto, divisé al chico con mi capa, se me iluminó la mirada y fui derecho hacia él. «Oye, hijo —le dije—, ¡déjame que te abrace, hijo, que Dios quiso que volviéramos a vernos sanos y salvos!». Abracé al chico con la capa y todo, y lo apretujé tan fuerte que le crujieron los huesos. Estábamos expuestos y a la vista de todo el pueblo, pero esto ya no me aterrorizaba, sino que me hacía sentir raro y mis ojos se humedecieron, como los de una mujer. «¡Para ya, hombre! —dijo el chico—, con tanta celebración ¡me vas a romper los huesos!».

⁹ El Nueve de Septiembre de 1944 tiene lugar la revolución comunista en Bulgaria, coincidiendo con los últimos meses de la Segunda Guerra Mundial.

Pero yo lo celebraba, ¡que más me da romper algún que otro hueso!

La gente alrededor se alborotó, todos enseguida reconocieron mi capa, hubo gran sorpresa. El Dos cigüeñas iba incrédulo de un lado a otro exclamando de vez en cuando: «¡Vaya, mira tú por dónde! El bobo del Lázaro andaba con la Resistencia... ¡Quién lo hubiera dicho! ¡Vaya, vaya!».